

**GIORGIO JACKSON DRAGO
PAULA ESPINOZA ORCAISTEGUI**

COPIA O MUERTE

**UNA DECISIÓN URGENTE
PARA NUESTRA SUPERVIVENCIA**



¿Por qué este libro?

¿Qué es esto? ¿Un original o una copia? Cuando nos formulamos una pregunta de este tipo es porque estamos atados a la sensación de que existe una diferencia entre un estatus y el otro. Al parecer, hay que tener cuidado con errar y creer que lo que vemos como original es, en realidad, una simple copia. Por cierto, estas inquietudes pueden surgir en distintos contextos, al comprar un reloj, adquirir un *software* o visitar un museo. En definitiva, quién es el autor nos importa, y mucho. Tanto, dado que es muy común que en la actualidad se confunda la copia o imitación con formas de plagio o falsificación.

La escritora Siri Hustvedt,¹ interesada en la forma en que los individuos perciben y valoran las cosas, recuerda el experimento de la neuroeconomista Hilke Plassmann, mediante el cual se muestra que un mismo vino es percibido de mejor forma si la etiqueta indica un precio mayor. Para obtener este resultado, Plassmann utilizó imágenes de resonancia magnética funcional (IRMf), las cuales le permitieron escanear zonas del cerebro de los individuos estudiados. Para Hustvedt este experimento resulta reduccionista y supone un rol excluyente del cerebro en nuestras percepciones, pero le interesa porque incluye un elemento esencial en sus reflexiones: no existen sensaciones ni valoraciones puras. Estas están mediadas por factores psicológicos, sociales y políticos, que sin dudas afectan nuestro juicio. Hustvedt se vale de este último argumento para exponer las razones que están detrás, por ejemplo, de la

desigual presencia de mujeres en comparación a los hombres, en el mundo del arte.

Fue en la década de 1980 cuando el filántropo Mark Landis donó a diferentes museos y galerías de Estados Unidos obras de arte atribuidas a renombrados pintores. El altruismo de Landis fue abruptamente interrumpido en 2008, cuando el Oklahoma City Museum of Art, que ya había recibido otras donaciones del mismo personaje, detectó que las obras correspondían a réplicas. ¿Qué los hizo percatarse del engaño? Landis había copiado más de una vez algunos cuadros, los que repartió por diferentes museos. ¿Exceso de generosidad o un alarde de virtuosismo que se salió de control? Nunca lo sabremos. Hoy Mark Landis —quien no fue procesado por este hecho ya que la entrega de las obras no implicó, en ningún caso, un pago monetario—, es famoso por su astucia y, desde nuestra perspectiva, por su talento. Porque lo que nos resulta atractivo de esta historia es la posibilidad que permitió la acción de Landis para que las personas gozaran de obras que, probablemente, no hubiesen conocido sino a través de la copia.

Lo ocurrido con Landis nos recuerda una historia ocurrida en el Chile de 1887, cuando el Museo de Bellas Artes removi6 casi la mitad de su colecci6n fundacional. ¿La raz6n? Se consider6 que un grupo de obras correspondían a “mamarrachos”.² Esta forma despectiva de referencia da cuenta de la valoraci6n menor de estas pinturas, la cual se sustenta en su calidad de copias. Se trataba, efectivamente, de reproducciones de obras europeas. Visto con distancia, la decisi6n del museo fue bastante desafortunada si advertimos que su propia constituci6n, en 1840, consider6 entre sus objetivos funcionar como un albergue de copias que permitieran a los estudiantes

de arte aprender y con ello que el país desarrollara su propio acervo cultural.³

Por supuesto, a nadie le gusta ser engañado. Pero las historias de Landis como la de los “mamarrachos” proponen algunas interrogantes interesantes. En el caso del Chile de fines del siglo XIX, ¿cómo la población de una excolonia podía acceder a la cultura visual de Occidente? Y, pensando en Landis, ¿por qué restringir el acceso a imágenes que son parte de la historia del arte? ¿Por qué y cuándo comenzamos a temerle a la copia? Esta pregunta puede sonar incluso absurda si consideramos que hace años existen herramientas que posibilitan la reproducción de objetos, como las obras de arte. Por razones comerciales obvias, este tipo de desarrollos no han sido masificados, lo que contribuye a que países y grupos humanos históricamente excluidos de la riqueza y el bienestar se estanquen en esa condición. De ahí que uno de los aspectos fascinantes de tecnologías como la impresión 3D es imaginar la posibilidad de modificar las formas de producción de los bienes tangibles, de modo de diseñar globalmente y construir localmente, lo que no solo disminuiría los costos, además significaría una contribución significativa al equilibrio ambiental.

En este libro la copia significa la posibilidad de pensar el conocimiento desde el bienestar común, pues sabemos que hoy como nunca antes en su dominio se juega buena parte de la oportunidad de superar la desigualdad entre los países y las personas. Estamos aquí hablando de una economía postcapitalista, basada en la noción de *peer-to-peer* (P2P), es decir, de un desarrollo entre pares, donde la igualdad es un punto de inicio y no un objetivo inalcanzable. Por ende, buscamos remover los parámetros desde los cuales se ponderan la economía y la

organización social. Es una apuesta por una cultura de la colaboración que se sirve de la tecnología para ampliar el acceso al conocimiento.

COPIAR, COPIAR, ERRAR Y COPIAR

La vida es caprichosa. La evolución orgánica y las estructuras moleculares que permitieron su desarrollo deben su existencia a circunstancias muy especiales. El científico Richard Dawkins¹ desde la vereda del darwinismo, describe la aparición de una molécula como un hecho excepcional que determinó nuestro destino. La molécula a la cual alude tiene un superpoder: copiar. En específico, copiarse a sí misma, por lo que se la ha llamado replicador. A esta molécula se le atribuye el hecho de desarrollar una gran población de réplicas que, a su vez, generaron nuevas copias. Así, con propiedad, podemos afirmar que ya sea en forma de bacterias, arqueas o células eucariotas, estos microorganismos corresponden al ancestro común de la vida en el planeta. Aun más importante, es que en el desarrollo y funcionamiento de estos replicadores biológicos el error es un elemento clave. En otras palabras, a causa de que no todas las réplicas resultaron exactas fue posible la diversidad biológica que formó la vida. Lo que hace de esta explicación algo fundamental para nosotros es el valor de la copia y la imprecisión, lo que da espacio para una premisa esencial de este libro: sin copia no hay vida, y sin error no hay evolución.

Uno de los planteamientos más interesantes de Dawkins es la similitud que observa entre la evolución biológica y el desarrollo cultural. El vínculo propuesto supone que las manifestaciones culturales —lenguaje, hábitos, expresiones

artísticas— se comportan de forma similar a las unidades de información contenidas en los genes, cuya evolución explica utilizando la figura del meme. Pues bien, los genes evolucionaron a causa de su capacidad de réplica y cambio. Tal como en el mundo de las redes sociales, donde algunos memes sobreviven y otros no, en el campo biológico, los genes sobrevivientes deben su existencia a encontrar refugio en la réplica o en la mutación; mientras que aquellos que desaparecieron lo hicieron precisamente por su falta de copia.

Por lo visto, la copia, el error y el cambio también funcionan en el ámbito cultural. El filósofo surcoreano Byung-Chul Han² reflexiona precisamente sobre esto a partir del controvertido fenómeno de imitaciones tecnológicas chinas, conocido como *shanzhai*. Según Han, a menudo los objetos de alta tecnología son *shanzhai* de los productos de la naturaleza. En este sentido, esta argumentación se topa con la de Dawkins en la medida que el mundo biológico, en palabras de Han, es más creativo que la más genial de las personas. ¿La causa? El proceso continuo de variación, combinación y mutación de la naturaleza.

Ahora bien, el mismo Han —evidentemente influido por el devenir de la cultura china— no concibe el obrar humano sin las características que atribuye a la naturaleza. En otras palabras, el obrar humano es un acto vivo y, por ende, cambia continuamente y es intervenido por diferentes agentes. En este sentido, es categórico al señalar que Occidente se sustrae a la creatividad propia del *shanzhai* al considerarlo un fraude, un plagio y una transgresión a la propiedad intelectual. Con esto, dota a la copia de un sentimiento reverencial, ya que de esta nace y depende la creatividad.

¿QUÉ ESTÁ EN DISPUTA?

Dada la argumentación de Han, y con las intenciones de este libro declaradas, abordemos un ejemplo que muestra la mejor cara del conocimiento en pos del bienestar común. Después de quince años de colaboración internacional cerca de tres mil millones de dólares de inversión pública, se logró lo que el biólogo británico John Sulston denominó las instrucciones para hacer un ser humano.¹ A este resultado se llegó debido a la investigación en torno al genoma humano, uno de los desafíos intelectuales más ambiciosos que se ha propuesto la comunidad científica. Uno de los objetivos principales de este megaproyecto —conducido por el Consorcio Internacional para la Secuenciación del Genoma Humano— estableció que todo hallazgo fuese de acceso libre. Una orientación de este tipo buscó promover que la información emanada de la investigación fuese utilizada para nuevos estudios en el campo de la innovación biomédica.

Hasta este punto de la historia, creemos que resultan evidentes los beneficios asociados a compartir el conocimiento. No obstante, transcurrido el tiempo, el objetivo que se propuso el consorcio a cargo del proyecto se vio amenazado. A fines de la década de 1990 se desató la carrera por el genoma humano. Uno de los primeros golpes lo dio Celera, una compañía fundada por el científico y empresario Craig Venter. En 1998, esta firma anunció que estaba en condiciones de terminar de secuenciar el genoma humano en tres años. El riesgo en la movida de Venter consistió en la potencial privatización del acceso al conocimiento de nuestro propio ADN. Frente a esta amenaza, el Consorcio aceleró la publicación de un borrador preliminar, el cual publicó durante el 2000. Finalmente, la

INTRODUCCIÓN

versión completa de genoma humano fue liberado el 2003, lo que tranquilizó a la comunidad científica internacional.

Lo más común es pensar que un problema como el desatado por la secuencia del genoma humano responde a un asunto de normas que se agrupan bajo la idea de propiedad intelectual. Y sí, cuando comenzamos a elaborar este libro estuvimos muy concentrados en comprender el entramado de leyes y acuerdos comerciales que hacen posible los modos en que hoy se controla el conocimiento. Sobre todo cuando lo que queda al descubierto es una serie de movimientos impulsados por los países más poderosos y las grandes compañías del mundo con el objetivo de mantener privilegios sobre el desarrollo de bienes que creemos que son comunes. Sobre todo, cuando buena parte de las actuales legislaciones que rigen a los países del llamado Sur Global, en su mayoría excolonias, son el resultado de acuerdos comerciales entre naciones que estaban en posiciones absolutamente disímiles. Porque, valga la aclaración, es evidente la asimetría entre las naciones interesadas en establecer la propiedad intelectual como un asunto global y aquellos que recién se estaban levantando de décadas de explotación colonialista o devastadoras dictaduras.

Sin embargo, pronto comprendimos que, si bien la propiedad intelectual es un punto de conflicto ineludible, su anulación no supondría necesariamente el fin de nuestros problemas. Porque si esto fuera una posibilidad real perviviría un sentido común que se instala junto con este sistema en el siglo XVIII. Nos referimos a las consideraciones y creencias sobre el conocimiento, un modo de cognición que sustenta a la propiedad intelectual, y no nos permite ver que cualquier esfuerzo intelectual orientado al bienestar común requiere que alteremos

de forma radical las configuraciones sobre la relación entre el individuo y el mundo. En otras palabras, es urgente reconocernos como seres sociales que creamos colectivamente. Solo así el conocimiento volverá a ser de todos y no de unos pocos.

La experta en tecnologías Mercedes Bunz observa en la digitalización de la información una metamorfosis radical de la sociedad. Su razonamiento se funda en la comprensión del lenguaje binario propio del ámbito informático y un resultado quizás inesperado: hoy es posible contar con copias idénticas, lo que ha puesto en jaque el sentido de origen y productor. Esta nueva realidad abre una grieta en las formas capitalistas de producción y en las formas de circulación de la información. Esta provocación no nos deja indiferentes, por el contrario nos alienta a pensar que existe una posibilidad real de dar respuesta a los desafíos del siglo XXI: el bienestar social para todas y todos y lograrlo en armonía con el planeta.

¿POLVO DE ESTRELLAS O UN CÚMULO DE DATOS?

El célebre divulgador científico Carl Sagan, acuñó la frase “somos polvo de estrellas”¹ para popularizar la astronomía. También lo hizo para mostrarnos que aquello que nos forma corresponde a materiales que en algún momento colisionaron en la Vía Láctea y crearon nuestro planeta. Nos gusta la propuesta de Sagan, primero, porque nos habla como especie y no como individuos; y segundo, nos coloca en el lugar correcto: insignificantes frente a la inmensidad del universo. La profundidad de esta reflexión empalma con ese otro universo que nos hace sentir pequeños: los datos.

INTRODUCCIÓN

Los algoritmos, que son mecanismos de recepción, almacenamiento, copia y procesamiento de datos, gozan de un poder que parece omnipresente, y que está redefiniendo nuestras formas de organización social y nuestra subjetividad. Pues mientras nos exhibimos como sujetos individuales y definidos por diferentes etiquetas (#animalistas, #feministas, #terraplanistas), lo que comonocemos como *Big Data* nos categoriza según sus propios parámetros (raza, sexo biológico, edad). Este estado de situación hace que nos enfrentemos cotidianamente a situaciones que incitan a la paranoia. Ejemplos de esto hay muchos, casi siempre comienzan con una anécdota del tipo: conversábamos sobre la posibilidad de un viaje, nombras un país o una ciudad como Lima, minutos después recibimos a través de nuestras redes sociales ofertas de viajes a esa ciudad. Surge entonces la sospecha y una extraña sensación de pequeñez frente al universo de los datos.

De pronto volvemos a una situación que creíamos superada: volvemos a ser colonizados. Pero esta vez no sabemos ni siquiera quién es el Rey. Más aún, trabajamos y generamos valor para este nuevo imperio sin nuestro consentimiento. Los datos, uno junto al otro, son observados y procesados por mecanismos que desconocemos, sin opción de cuestionarlos ni comprender su intencionalidad. Puede que esto resuene a conspiración, pero si algo aprendimos tras escribir este libro es que los datos y su interpretación nunca son inocuos. Han nos alerta de los riesgos de un pensamiento que hace de los datos su fundamento, en el cual la proyección de la vida humana estaría determinada a partir de la información recopilada. Con esta conjetura no buscamos alarmar, sino forzar un debate sobre la gobernanza democrática de nuestros datos, un recurso que ya ha sido denominado el “petróleo del siglo XXI”.

Ubuntu es una voz que proviene de Sudáfrica y apela al sentido colectivo de la humanidad. Algo así como: *yo soy porque nosotros somos*. Echamos mano a este concepto porque ha sido popularizado por un sistema operativo, el cual se ha desarrollado sobre la base de sistemas operativos previos. Junto a esto, su mantención descansa en la contribución voluntaria de miles de programadores que aportan a la optimización del código fuente. Este caso, que se enmarca en los valores de la comunidad del *software* libre, corresponde a una forma de participación activa sobre el uso de los datos y la tecnología.

Impresiona que aún no nos movilizemos con fuerza por seguir ejemplos como este, por hacer de la ética *ubuntu* una opción de superación del capitalismo. A pesar de la incorporación de la tecnología en la vida cotidiana, continuamos temerosos frente a la tecnología. Difícilmente, podría ser diferente. Estamos bombardeados de información que hace de esta un enemigo, sofisticado y casi imposible de comprender. Así, la inteligencia artificial pareciera más cercana a un truco de magia que a un desarrollo intelectual del cual somos responsables.

Todo esto sucede sobre un fondo que convierte a la tecnología en una oportunidad utópica o el camino hacia la materialización de la peor de las distopías. El secreto de este escenario es que corresponde más a una elocubración retórica que nos inmoviliza. Por lo tanto, el desafío de un proyecto político en el siglo XXI consiste en reconocer en el actual estado de la tecnología un potencial utópico, es decir, una oportunidad para ampliar las capacidades humanas y repensar el orden de las cosas. Para ello, no solo necesitamos tomar el control sobre ella, sino encarar su uso como sujetos políticos.

UNA INVITACIÓN

Queremos proponerte el siguiente ejercicio al momento de tu lectura. El filósofo John Rawls¹ utiliza, en su teoría de justicia, la figura del velo de la ignorancia. Esta supone analizar los argumentos, como los que están en este texto, sin saber qué posición social ocupamos, los lazos familiares o amistades que tenemos, qué capacidades físicas o intelectuales poseemos y sin conocer los activos de los que somos titulares, ya sean materiales o inmateriales. Esta es una posición de desprendimiento, desde la cual —creemos— es posible afrontar de mejor manera las diferentes interrogantes que se plantean en el libro. Sobre todo cuando debemos reconocer lo justo y lo injusto.

El anterior ejercicio parece sencillo, pero desafía el lugar desde el que tomamos posición. Nosotros intentamos seguir este camino. Hemos sido tanto autores como copiadore. Y decimos sin vergüenza que este texto no es más que un remix o un ejercicio *ubuntu*. Una copia y diálogo que ha involucrado a diferentes personas, libros, música, películas y más. Pero lo realmente importante es que se trata de una invitación concreta a abrir las posibilidades sobre el futuro.

Estamos convencidos de que es viable y urgente pensar en caminos alternativos. Sin pretender tener todas las respuestas, creemos que vale la pena cuestionar si el actual orden de las cosas es o no la mejor forma de administrar el conocimiento.

Disfruta tu copia.